



puesisque...

Butlletí de la Xarxa de Literatura Salvadorenca a Catalunya
Barcelona, juny 2019, Número 3.



JORGE GALÁN (San Salvador, 1973) es poeta y novelista.

Fue escogido como el poeta latinoamericano más relevante en lengua española nacido después de 1970, tras un estudio realizado por 200 críticos e investigadores de más de 100 universidades internacionales (Oxford, Harvard, Columbia, Princeton, Bolonia, Salamanca o la Sorbona). Sus poemarios y novelas han sido publicados en El Salvador, Guatemala, Colombia, México, España, Grecia, Holanda, Alemania, Reino Unido, etc. Durante su carrera literaria de dos décadas, se ha agenciado varios importantes premios de la literatura iberoamericana, como el Adonáis, Antonio Machado, Jaime Sabines, Casa de América y Real Academia Española.

*Los cuatro primeros poemas de esta breve selección proceden de su más reciente poemario **Ruido** (Pre-textos, 2019).*

EL PEDIDO

Dame sesenta mil muertos y te daré un país,
eso me dijo, y su enorme oscura
inevitable voz, también era una ciénaga.

Dame un crucifijo y lo bendeciré y los bendeciré
y todo les será perdonado, y cada uno de sus muertos
vendrá a mí como el rebaño de cabras
rodea al pastor cuya mano está repleta de sal,
y comerán lo que tengo para ofrecerles
porque la desesperación es más fuerte que la misericordia.

El alba será un trapo bajo las escaleras
semejante a una perra que agoniza, tan sucia
que ninguna de las aguas podrá separarla de su inmundicia
y solo prevalecerá la oscuridad y solo prevalecerán
los hijos de la oscuridad, por eso dame
lo que te pido y te devolveré algo genuino y más enorme,

dame la campana sin forma y te daré una novia,
su vestido blanco será tan largo como un camino
sobre la nieve flanqueado por hermosos pinos nuevos,
y entre diciembre y enero volverás al campo
a recoger lo que un día recogieron tus padres,
retornarás al estanque y al río, y chapotearás en el agua
donde la luz vendrá de miles de monedas al fondo.

Por eso dame los muertos y dame el rifle y la bala de oro,
dame el colmillo del tigre de monte y el ojo del ratón
y la furia de la serpiente, y te daré todo aquello
que sé que te hace falta día con día y a toda hora.

Eso fue lo que dijo y entonces calló
y el silencio fue el mundo, me abandonó la luz, también la vida,
y aquel hombre, cuya espalda era la oscuridad,
se alejó para dejarnos nuevamente solos.

Hubiera querido decirle: Tómallo todo y sálvanos.

Pero no me atreví, me quedé atrás, inmóvil
bajo la lluvia otra vez dulce, observando en los charcos
repentinos
mi propio extraño rostro, mentón firme y ojos cerrados,
más cerrados que nunca.

PONIENTE

Autobuses interminables atropellaban
los ladridos de los perros a las seis de la mañana
mientras un sol caía de las macetas
donde bebían las cabras y las vacas sin ordeñar.
Un ruido de cazuelas y madrastras terribles
crecía en las ollas y salía a la calle
hasta que el olor del café era una vieja enferma,
una sombra que poseía la forma de una vieja mujer.
Si era invierno, podíamos mirar la vía láctea
en los charcos, la breve inmensidad
ignorada por los adultos que fumaban tabaco rojo
cuando el cielo era una oveja sin esquilar
y los pequeños búhos del color de un puñado
de migajas de pan eran una maldición
que dormitaba entre las hojas de los almendros.
Avenidas con flores saliendo de las tristes aceras,
cuando el ruido de la multitud era corpóreo
y ahuyentaba a los perros y las palomas.
A las siete de la mañana, puñados de furiosas avispas
eran los pies de la chica vestida de blanco
y su cabello no podía dejar de ser un hermoso suicida
empujado a la inmensidad
por su propio deseo de inmensidad.
Tan ajenos a todo, avanzábamos en conocimiento
de que éramos el inicio de la lluvia de agosto,
un consuelo de todo lo que ya no podía ser posible.
Nuestra sombra tenía la forma
de un ejército subiendo una colina,
así que cada mañana lo único que escuchábamos
era una multitud de trompetas y campanas

y aunque no sabíamos qué significaba todo aquello,
aquel sonido nos parecía tan hermoso
como el fuego que avanza a través de una cordillera
imitando el color del pecho de una perdiz,
cuando la destrucción y la belleza
cantan un mismo himno. Una sola palabra
para dos nombres. El norte del norte del mundo.
El eco incomprensible de millones de seres
que gritan hasta destruir una caja de música.
A las siete de la mañana, dos niños
de espaldas hacia el sol de la tarde,
dos ponientes de frío para una sola sombra.

LA DUDA

¿Cómo supimos que debíamos encender el fuego?
¿Qué comercio hicimos entre nosotros
para entender que no pertenecemos a la oscuridad?
¿Quién ha decidido que es así y cómo
sabemos que no es lo contrario?
¿No es la vía láctea una inmensidad más hermosa?
Sé que nuestros ancestros se escondían del día,
al alba, entraban a la cueva, buscaban la protección
de la piedra, habitaban en la penumbra.
Se contaban extrañas historias sobre penitentes
que miraban la hermosa luz hasta morir.
Se hablaba de los asesinos venidos del desierto
cuya piel era una llaga que no cerraba nunca.
Se sabía de pueblos del mar con todos sus niños ciegos.
El sol era un dios terrible que dejaba caer su hacha
una y otra vez sobre las cabezas,
edificando lo destruido para destruirlo otra vez.
Pero la luna era una madre amorosa.
¿Ojos de jaguar o luciérnagas en el arbusto?
Nada los distraía de su baile alrededor del pequeño fuego
bajo la luna de marzo y de octubre.
Equinoccios que iniciaban en el crepúsculo de la tarde.
Tambores al amanecer. Ruido de flechas
en la sombría madrugada. Lobos y hombres
seguían el curso del arroyo. La vida pertenecía a lo gris.

Prosperaban las flores en el fango.
¿Y si el canto del ave
fuera solo una antigua canción de cuna?

UNA SÚPLICA

El pueblo pide y no tiene respuesta, el pueblo,
esa postal, esa oscuridad que hemos llamado madre, esa lejanía
arrodillada cuyo cabello es una tormenta que se ahoga
en el mar, esa multitud hecha de una sola silueta
que grita a través de campanas muertas
y aullidos de zorros cuyas fauces están repletas
de otras fauces abiertas repletas de palomas o cabezas
de niño, ese ruido, esa furia que se estrella como un puño enorme
en el cielo cerrado para siempre, esa masa
que suplica le devuelvan algo que no ha existido nunca
y avanza como niebla que entra en la niebla,
el pueblo, ese clamor a media noche y al inicio del día, ese coro
que eleva una oración más alta y escribe en el aire
el nombre de cada uno de los muertos de mil novecientos treinta
y dos
y mil novecientos ochenta y ochenta y nueve y hace un instante
y los nombres de todos los que huyeron a la intemperie del
desierto
y cuyas bocas echadas a perder son guaridas de peces
bajo las aguas congeladas, todos esos nombres de madres y
padres
de rodillas frente a la mujer sin ojos vestida de blanco
cuyos labios son una línea de hormigas que no se acaba nunca.
El pueblo, todos esos seres tendidos en la desesperación
y en la plegaria, el pueblo, eso que llaman pueblo,
ese sitio en la noche y esa emoción
que se separa como un espíritu que sale del muchacho
que ha sido acuchillado junto a sus seis hermanos
y pide y no tiene respuesta y se recuesta para soñar algo
parecido a una vida
y no despierta nunca. Y no despierta nunca. Y no despierta
nunca.



ROMERO

Romero levanta sus brazos y toca con sus dedos
dos eternidades, el tiempo de mi niñez
y el de mi vejez se unen cuando los unen sus dedos.
Las monjas cantan y no saben que es un canto de despedida.
Los pañuelos que cubren sus cabellos son días de lluvia.
Romero levanta la copa y la hostia y su voz es el mar,
y su cuerpo un acantilado donde se estrella el mar.
Hay brisa y bullicio de gaviotas en la pequeña nave de la iglesia.
Los cristales se iluminan con el fuego que llega desde fuera.
Suena un disparo al mismo tiempo
que todas las campanas del mundo, que las campanas
de todas las iglesias de la tierra menos una.
El disparo atraviesa el aire, veloz como un milagro.
Las voces cesan y el silencio avanza cien pasos
y los gritos son una manada de toros que se estrella
contra un muro de piedra, lo destruyen y escapan a los montes.
Monseñor cae y nadie le escucha caer.
Su túnica blanca es una playa de verano
pero la luz ha sido manchada por una bandada de cuervos
que graznan en el atardecer.
Las monjas son olas que se juntan en la marisma.
Sostienen su cabeza como si intentaran sostener el cielo
con sus pequeñas manos, pero no es suficiente.
Nada resulta suficiente. La muerte se acerca y se inclina.
En la puerta de la iglesia una sombra se aleja.
Las campanas continúan su terrible lamento.
En algún lugar bajo el sol los cuervos se inclinan a beber.

Un hombre se persigna sin tener un motivo.
Y Romero dice una última palabra,
inaudible como el sonido de las pisadas del escorpión en el desierto.
Su cabeza cae como una fruta.
Un perfume de fuego y de ceniza desborda la ciudad.
San Salvador se llena de algo sin saberlo.
La sombra que avanza por las calles aplasta el perfume
pero no puede destruirlo. Las campanas
continúan doblando. Metal sin ruido, un lamento,
un grito que no haya su final y continúa temblando
en el aire de marzo, desde ese día
y cada día, en todo tiempo.

PERTENENCIA

Así que aquí pertenecemos,
somos tres y hay un hueco en la arena
que he llenado de agua salada.

Padres míos, madre y padre gloriosos,
iluminados huéspedes de un día sin imágenes,
presentimientos de lo inmenso, gritos
que contienen el mar, hermanos míos,

hijos míos también, aquí permanecemos,
extraviados en la fotografía que no existe,
inútiles como lluvia que cae por un resumidero.

He olvidado los nombres.

He olvidado también todos los rostros.

Pero no he olvidado el hueco en la arena
ni ese mar imposible
del tamaño de aquel pequeño mundo nuestro
guardado en el bolsillo del pantalón.

Y aunque ninguno de los tres existimos,
yo nos invoco y nos abrazo, a mí también,
y nos bendigo, y nos digo al oído:

Viento del mar, viejo viento salino
que va de sur a norte, amigo nuestro,
fantasma sobre las olas grises,

aquí pertenecemos, a esta víspera rota
por su obstinado instante
que se repite siempre.

EL REFLEJO

El cielo reflejado en un cubo de agua
me hace pensar en el mar de mi juventud.
Pelícanos como gotas de azúcar
regresan con la marea alta, mujeres
siempre ancianas ponen a secar el pescado
y el aire adquiere una densidad
semejante a la del humo que despiden los incensarios
en la hora cuando las oraciones
recuerdan a los muertos.
Promontorios de eternidad en las esquinas.
Humo petrificado sobre el labio inferior.
Y sé que cuando no exista nada que esperar,
ni un viaje, ni un susurro que nazca entre los arbustos,
ni una sombra que entre a la casa
debajo de la puerta, cuando la rama
oscile para nadie, cuando la inmensidad
no detenga la niebla vespertina,
meteré la cabeza en un cubo de agua
y gritaré para despertarme
en mitad de la muerte.

*Volem agrair a **CARLOS CAÑAS DINARTE**, investigador, escriptor i historiador salvadorenc per la selecció de textos d'aquest tercer número.*

Més informació: <https://www.literaturasalvadorenycat/>

